LOS «EPISODIOS NACIONALES» COMO FUENTE HISTORICA

POR

CARLOS SECO SERRANO

Me parece fuera de dudas que, en cuanto testimonio profundamente fiel, incomparablemente expresivo, de unas estructuras sociales en trance de crisis, la inmensa obra de Galdós alcanza hoy vigencia mucho más directa, para las nuevas promociones universitarias, que el legado estilista del 98; y constituye el modelo más rico en posibilidades recreadoras con que cuenta la literatura española actual —la de la novelística *comprometida,* si queremos entendernos con una terminología del momento (1).

Pero yo no voy a entrar ni salir en el campo de la historia literaria estricta, y menos aún en el de la filología a secas. Hablo como historiador de la sociedad española contemporánea, al tanto de lo que ahora interesa o apasiona a la investigación en este campo vastísimo. Decía Huizinga que la Historia es siempre un rendimiento de cuentas del pasado; aguda definición que habría que completar añadiendo que ese *rendimiento de cuentas* alcanza una dimensión nueva ante cada promoción generacional; porque cada generación interroga al pasado desde su propio cuadro de preocupaciones e incitaciones, determinadas por el tiempo concreto —la situación vital— en que se cobija. Pues bien, es indudable que las generaciones actuales ponen el acento, a su interrogación frente al pasado, en eso que se ha dado en llamar *la problemática social;* en el examen y el análisis de las estructuras, en la definición de las mentalidades de grupo o de clase —sólo posible mediante un buen conocimiento de su *cuadro ambiental*—, en el estudio del lento proceso evolutivo de la *historia interna* con preferencia al de los hechos de superficie —políticos, militares, diplomáticos—, en todo caso condicionados por aquélla. La historiografía más reciente, sobre todo atenida a las orientaciones de la gran escuela francesa de los *Annales,* ha des-

(1) El calificativo de «galdosiano» se utiliza ahora —y justamente— como la mejor recomendación para un trozo literario. Sería curioso el estudio de esta fuerte influencia, en la novelística posterior al gran escritor. Como una simple anotación recordaré aquí que es plenamente *galdosiana* la primera parte —la mejor sin duda— de la gran obra de ARTURO BAREA, *La forja de un rebelde,* y estoy nombrando quizá la más alta cima alcanzada por la novelística española después de la guerra civil.

plegado un insólito arsenal metodológico, que supone una verdadera revolución en las concepciones y en los medios instrumentales. Sino que, en no pocos casos, la preocupación por situar la Historia lo más cerca posible de las ciencias exactas ha acabado por desvirtuar sus objetivos mediante una selección parcial de los medios; se ha olvidado con mucha frecuencia aquel gran principio: «No me habléis de método... Método es el hombre». Reducir a cálculos matemáticos, a estrictos esquemas estadísticos el estudio de los grandes ciclos de la Historia humana, sólo puede conducir a una imagen incompleta e insatisfactoria, en que muchas veces el continente nos escamotea el contenido; el llamado «método estadístico» es, en todo caso, un camino fundamental, pero no el *único*. Una aproximación al hombre en su historia no puede reducirlo a número: calar en sus motivaciones más íntimas o más profundas requiere estudiarlo en las creaciones de su espíritu, o en el reflejo, en la proyección de su vida colectiva sobre la literatura o el arte —o la música, o la moda— de su tiempo. Quien pretenda hacer la Historia de la revolución rusa desconociendo a Dostoievski, intérprete máximo del alma eslava; o el que intente reconstruir los cuadros de la sociedad italiana del siglo XV sin una sensibilidad despierta para las obras de arte del Renacimiento, se habrá quedado nuevamente en la superficie de los hechos, por muy bien que conozca la distancia entre precios y salarios en los comienzos del siglo XX, o las estadísticas en el tráfico del puerto de Liorna, arco de triunfo del gran comercio florentino (2). Y, *mutatis mutandis,* esto mismo cabría señalarlo para un caso muy próximo a nosotros. Sorprende observar con cuánta frecuencia se da, en los cada vez más abundantes estudios en torno a la evolución de las clases sociales —burguesía, proletariado— que protagonizan los ciclos revolucionarios de la época contemporánea, el olvido de los *grandes testimonios literarios.* Entre ellos, y ante todo, la obra ciclópea de Galdós.

En este sentido, me apresuro a subrayar que posiblemente hay mucho más material histórico en sus grandes novelas —*Fortunata, Torquemada, Miau, La de Bringas*...— que en los volúmenes aislados de los *Episodios nacionales.* Pero en todo caso debe recordarse que éstos —o al menos cada una de sus *series*— constituyen un todo indivisi-

(2) No olvidaré el caso de cierto historiador español que se conmovía al reconocer en los rótulos de las calles de Florencia la localización de los antiguos gremios, sin reparar en los monumentos que iba contorneando; capaz de invertir semanas enteras en el Archivo Mediceo sin entrar una sola vez en los Uffizzi, que como es sabido, se hallan instalados en el mismo edificio. Interrogado por mí sobre la impresión que le había producido en Roma la visita al magno museo Vaticano, se limitó a decirme «que le había hecho pensar en la antigua potencia económica del Pontificado».

ble (3); y que en su conjunto suponen algo así como una sistematización de las experiencias sociales del siglo XIX, en cuanto aún planean, o palpitan como ingredientes vivos, en el complejo presente desde el que el autor escribe. De aquí que los *Episodios* resulten, con frecuencia, mucho más *históricos* cuando se apartan o se olvidan de la reconstrucción del entramado político en que se teje la historia que pudiéramos llamar *convencional.*

> El espíritu de los *Episodios* —ha escrito muy exactamente Amado Alonso— presenta contrastes esenciales con el de las llamadas novelas históricas. Podéis pensar en las de Walter Scott, o en *Nuestra Señora de París,* de Víctor Hugo...; siempre tienen esta condición: que representan un modo de vida pasado, caducado, heterogéneo con el actual, y que precisamente el autor se ha sentido tentado a acometer la empresa... por el placer taumatúrgico de resucitar (aquel modo de vida)... En los *Episodios nacionales,* al revés. Una necesidad de conocer mejor el funcionamiento de la sociedad española contemporánea impone a Galdós la tarea de novelar el pasado inmediato de donde el presente está saliendo con movimiento orgánico. Lejos de presentar Galdós un pasado como pasado y caducado, lo que hace es mostrar las raíces vivas de la sociedad actual... (4).

Y aquí reside, precisamente, el error de quienes han enfocado los *Episodios* como pretensión de una *simple* evocación histórica objetiva, confundiendo de paso la *historia* objetiva con el *puro pasado,* esto es, con lo que de *menos histórico* hay en el *pasado:* lo que en él caducó definitivamente. De aquí también, que se haya especulado mucho sobre las *fuentes históricas* de la obra de Galdós, y no sobre *la obra de Galdós como fuente histórica;* y que la comprensión y el desvío para lo que el gran novelista quiso hacer —lo que realmente hizo— en sus *Episodios* culmine al atribuir a aquéllos una información de estricto carácter libresco (5).

En su admirable estudio de la gran obra galdosiana, Hans Hinterhäuser ha puntualizado ya lo necesario acerca de este último extremo (6). Sabíamos ya —y esto nos los contó el propio Galdós en sus

---

(3) Refiriéndose a la primera dice José F. Montesinos: «Son (sus *Episodios)* eso justamente: capítulos arrancados a un larguísimo libro de Memorias, selección de la que se omiten los trozos menos interesantes, lo que, abriendo entre los volúmenes anchos hiatos, los redondea como novelas independientes» *(Galdós,* Madrid, 1968; t. I, p. 86). Observación parecida podría hacerse para las otras Series.

(4) *Materia y forma de poesía.* Gredos, Madrid, 1955, pp. 244 y ss.

(5) La imputación, como es sabido, procede de Baroja, que, demasiado a la ligera, enjuició así la *base científica* de la obra galdosiana: «Como investigador, Galdós ha hecho poco o nada; ha tomado la historia hecha en los libros» *(Páginas escogidas,* Madrid, 1918, p. 371).

(6) Hans Hinterhäuser: *Los «Episodios Nacionales» de Benito Pérez Galdós.* Gredos, Madrid, 1963. Vid. cap. II, pp. 55 y ss.

desmañadas pero imprescindibles memorias (7)— que incluso para el primero, el más lejano en el tiempo, de sus *Episodios —Trafalgar—* pudo disponer de un *vínculo oral* directo —vivo—, el que le proporcionó un grumete de la *Santísima Trinidad,* octogenario cuando él lo trató en el Santander de 1871 (8). Y es bien sabida —no hace mucho me ocupé del caso— la esencialísima contribución que a la reviviscencia de los *Episodios* de la segunda serie prestó Mesonero Romanos, verdadero archivo viviente de su tiempo (9), según puso de relieve la curiosa correspondencia publicada por el benemérito Varela y Hevias (10). No menos conocida es la relación directa entablada por don Benito con un testigo de primerísimo plano en los acontecimientos políticos registrados por las *series* centrales tercera y cuarta—: nada menos que la Reina «de los Tristes Destinos», personaje al que Galdós tributó siempre —en abierto contraste con lo que luego haría Valle-Inclán, artífice destacado de la leyenda negra anti-isabelina (11)— una simpatía y un respeto extraordinarios (12). En cambio, no es tan conocida —no la menciona Hinterhäuser— la otra relación personal, fundamental también para completar la información galdosiana sobre el entramado político de esas mismas *series,* y especialmente para su espléndida evocación de la figura de Narváez —sin duda, también para la de los grandes contemporáneos del célebre «espadón», como O'Donnell y Prim—: me refiero al general San Román, de cuya biografía poco o nada nos dice el «censo» de Sainz de Robles, pero que ostentó simultáneamente el doble carácter de militar e intelectual; muy afecto a la figura del duque de Valencia —como tal aparece en el episodio *Narváez—;* director general del arma de Infantería en la fase final de su vida; historiador puntualísimo de las campañas del Maestrazgo, y generoso donante a la Real Academia de la Historia de un riquísimo legado documental y bibliográfico —el «fondo San Román»—. Tampoco

---

(7) *Memorias de un desmemoriado,* en *Obras completas.* Aguilar, Madrid, 1961, t. VI, p. 1.660.

(8) La figura de este venerable testigo del pasado fue evocada por Galdós en dos episodios de la quinta Serie *(La primera República* y *De Cartago a Sagunto).* El personaje —Juan Elcano— muere en la defensa de Cartagena, durante el movimiento cantonalista. Galdós —muy gustoso de las simbologías—, miraba ambos acontecimientos —Trafalgar y Cartagena— como dos «cotas» altamente representativas de la «energía nacional» que él echaba ya de menos cuando redactaba la última Serie.

(9) Vid. mi trabajo *Mesonero Romanos. El escritor y su medio social,* estudio preliminar a las obras de Mesonero, ed. de BAE, Madrid, 1967, t. I, pp. XCII y ss.

(10) E. VARELA y HEVIAS: *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos.* Ayuntamiento de Madrid. Publicaciones de la Sección de Cultura e Información. Madrid, 1943.

(11) Sobre el caso, remito a mi artículo *Valle-Inclán y la España oficial,* Revista de Occidente, núms. 44-45, noviembre-diciembre, 1966.

(12) Véase a este respecto, sobre todo, el artículo «La reina Isabel», en *Mencoranda (Obras completas,* VI, pp. 1.414 y ss.).

menciona Hinterhäuser otra relación galdosiana que a nosotros nos interesa particularmente: la de Pérez del Alamo, el célebre animador de la sublevación campesina de Loja, una de las conmociones sociales más graves en los años crepusculares de Isabel II, de la cual hay puntual referencia donde menos cabría sospecharla —en el episodio *La vuelta al mundo en la «Numancia»*—, episodio que quizá no había leído Unamuno cuando sostuvo que «en Galdós no hay problemas obreros, nada de cuestión social, nada de problema agrario» (¡...!). Pérez del Alamo vivió muchos años después de aquellos sucesos, y con él sostuvo don Benito una curiosísima correspondencia para informarse directamente —*en vivo*— sobre la famosa crisis.

Presumo que son mucho más abundantes aún las referencias directas de que sirvió Galdós para dar auténtico carácter de memorias a sus episodios. Añadamos que, a partir de un cierto momento, el propio don Benito es el que evoca en ellos acontecimientos *vividos*. Explícitamente aparece «autoindicado» en un curioso pasaje de *Amadeo I*.

> Los que gozamos de este lindo espectáculo (la entrada solemne del Rey en Madrid) éramos cinco: Córdoba y López... Emigdio Santamaría... Mateo Nuevo...; los dos restantes, inferiores sin duda en saber y gobierno, nos habíamos conocido y tratado en una casa de huéspedes, donde juntos hacíamos vida estudiantil. El era *guache* y yo *celtíbero*, quiere decir que él nació en una isla de las que llaman adyacentes; yo, en la falda de los Montes de Oca...; él despuntaba por la Literatura; no sé si en aquellas calendas había dado al público algún libro; años adelante lanzó más de uno, de materia y finalidad patrióticas, contando guerras, disturbios y casos públicos y particulares, que vienen a ser como toques y bosquejos fugaces del carácter nacional... Vuelvo un poquito atrás para referir que los cinco amigotes agrupados el 2 de enero para ver entrar a don Amadeo formamos la misma piña el día anterior, domingo 1 de enero, en las rampas aún no concluidas del palacio de Buenavista, para ver salir y pasar tristemente el féretro de Prim... (13).

Esta misma cita nos señala, expresamente, lo que de introspección histórico-psicológica hay en los *Episodios*, entendidos por su propio autor como «toques y bosquejos fugaces del carácter nacional...» Y nos pone en la pista, también, respecto al verdadero origen del magno proyecto galdosiano: como ha subrayado Montesinos, «su repentina afición a la novela histórica nació de experiencias y meditaciones suscitadas por las zaragatas de la Gloriosa» (14).

---

(13) Sobre lo *autobiográfico* en los *Episodios*, véase HINTERHÄUSER, *ob. cit.*, pp. 71 y ss.

(14) *Ob. cit.*, p. 75.

Tenía que ser así, después de todo, puesto que la Gloriosa, lejos de reducirse a «zaragatas», marca un hito decisivo en la España contemporánea. Supone, por una parte, la culminación de un ciclo revolucionario —el ciclo revolucionario liberal, protagonizado por la burguesía—; y abre, insospechadamente, un ciclo nuevo, con la movilización del cuarto estado, gracias al margen de iniciativas ofrecido por las libertades democráticas, en torno al credo internacionalista inspirado por Bakunin. En otras ocasiones lo he recordado: la historia posterior aparece definitivamente condicionada por estos hechos. La Restauración canovista —completada con la *inflexión democrática* de Sagasta, entre 1886 y 1890— es un intento de síntesis entre las dos Españas separadas por el 68, pero dentro aún de los límites dialécticos del liberalismo burgués; de aquí que, a medida que pase el tiempo, vaya haciéndose evidente su fallo esencial —la marginación efectiva del «cuarto estado»—; marginación a la que contribuye, de una parte, la canalización anarquista de buena parte del «proletariado militante»; pero, de otra, y en forma escandalosa, la farsa electoral montada sobre el engranaje caciquil. Cuando el aspecto positivo de la Restauración —la paz de los espíritus y la paz de las armas en la transacción pactista entre moderados y progesistas, la apertura de cauces al diálogo, el prestigio internacional— se vea comprometido radicalmente por el fracaso y la humillación del 98, con la dispersión de voluntades y de escepticismos que éste trajo, la crítica *burguesa* contra el Estado, o contra el sistema que tales resultados acababa de cosechar, se abrirá en dos direcciones. La primera podríamos resumirla así: de hecho, la llamada *farsa* canovista, lejos de lograr la *síntesis* con los dogmas revolucionarios liberales, los ha traicionado, y bajo la apariencia de una *democracia coronada,* ha llevado a cabo una retrogradación; la reacción —el triunfo de la vieja España a preliberal —se llama clericalismo, caciquismo, militarismo. Pero —segunda dirección crítica— hay una España inédita, la del pueblo en su sentido estricto; el socialismo —¿o el anarquismo?— es una esperanza.

Las críticas suscitadas por el desastre tienen, pues, el sentido de un retorno al 68, pretenden dar autenticidad nueva a lo que la Restauración ha convertido en farsa. Ahora bien —volvamos a Galdós—, los *Episodios* —esa especie de «introspección social retrospectiva»— no pueden ser entendidos derechamente, sino partiendo de las *situaciones* desde las que don Benito los concibe.

Recordémoslo. Las cinco series se elaboran a lo largo de mucho tiempo en momentos *nacionales* muy distintos. La primera y la segunda, entre la revolución y la restauración: *Trafalgar* comienza a redactarse en vísperas de la I República; *La batalla de Arapiles* se

concluye pocas semanas después de producirse el regreso de Alfonso XII; *Un faccioso más y algunos frailes menos* —final de la segunda serie—, al concluir el año en que la «pacificación» canovista ha cristalizado definitivamente —en las Antillas— y la conciliación política entra en vías de realidad.

La tercera serie se planea y elabora mucho tiempo después —transcurridos diecinueve años desde que el autor puso fin a la segunda—. El primero de sus episodios —*Zumalacárregui*— comienza a escribirse en vísperas del desastre —en los días del famoso ultimátum norteamericano—. El último —*Bodas reales*— se redacta en el año inicial del nuevo siglo. Y, en fin, la cuarta y quinta series ocupan a Galdós durante la primera etapa del reinado personal de Alfonso XIII; la etapa que pone a prueba la consistencia de la «España oficial», y articula los grandes programas regeneracionistas, estimulados por el clima depresivo y agónico del 98.

Sobre esta pauta percibimos mejor las diferencias de matiz en los análisis histórico-sociales de Galdós. Las dos primeras series —las más alejadas del tiempo en que el autor escribe— se proponen reflejar el momento en que hace crisis la vieja España —la España absolutista y estamental—, como un prólogo, glorioso y trágico, de la situación de *plenitud en la libertad* —una plenitud amenazada entre dos extremos inconciliables—, que el joven Galdós vive desde la monarquía de Amadeo a la monarquía de Alfonso XII. Al cerrar el episodio XX, el autor da por terminada su tarea. «Los años que siguen al treinta y cuatro —arguye— están demasiado cerca, nos tocan, nos codean, se familiarizan con nosotros. Los hombres de ellos casi se confunden con nuestros hombres. Son años a quienes no se puede disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con escalpelo» (15).

> Pero —observa Hinterhauser— es precisamente esto lo que Galdós va a hacer con el nuevo ciclo novelesco: *disecar* la sociedad contemporánea desde un punto de vista histórico, ético y crítico nacional (16).

Y es lógico, porque la fase del siglo XIX que abarcarán las series tercera y cuarta representa, efectivamente, el triunfo de la *revolución social* tras la *revolución política* ya operada; el triunfo de las *clases medias,* la aparición de una nueva aristocracia —la del dinero— la sustitución de la sociedad estamental por la sociedad clasista, y el intento de una síntesis doctrinaria que señalará fronteras al largo proceso de crisis, pero que acabará por confundirse con una reacción

(15) *Obras completas,* II, p. 317.
(16) *Ob. cit.,* p. 50.

a secas. Desde los inquietantes momentos que preceden al desastre del 98 —cuando empieza a escribir su *Zumalacárregui*— Galdós «vive» una situación paralela: la segunda *síntesis* de la España contemporánea —la síntesis canovista— empieza a poner de manifiesto su escasa consistencia; la paz de los espíritus —contrastada, de otra parte, por la tragedia ultramarina— va a ser mirada, muy pronto, como un peligroso marasmo:

> Todo cuanto puede decirse —ha escrito muy puntualmente R. Ricard al estudiar las razones por las que vuelve Galdós al hilo de los *Episodios*, cortado veinte atrás— es que, incluso antes de la catástrofe, Galdós se sentía inquieto ante la apatía en la que dormitaba su país, y que esta inquietud le hizo volver a un género (literario) que le parecía susceptible de despertar las energías nacionales... Tal vez ha presentido el desastre... (17).

Pero ahora, en la pugna entre las dos Españas que estas nuevas series reflejan, y que culmina en los episodios revolucionarios, se va imponiendo cada vez más una nota de pesimismo, a veces casi de desesperación desgarradora, insólita en Galdós, pero muy acorde con la coyuntura nacional y personal vivida por el escritor. Los últimos episodios son un alegato contra el reverso de una falsa democracia, cada vez más reasumida por las viejas fuerzas tradicionales —entre ellas una, decisiva; la del *ultramontanismo* duro e intransigente—. Y así, los capítulos finales de *Cánovas* nos conectan, sin solución de continuidad, con un tema candente en 1912: el de los conflictos entre Iglesia y Estado; la «invasión» de las órdenes religiosas, presentida en una alucinación del protagonista, nos lleva a la pugna parlamentaria de Canalejas en los meses postreros de su mando.

* * *

En la compleja armazón de cada una de estas novelas —casi medio centenar— que integran las cinco series de los *Episodios* se distinguen con claridad tres elementos o estratos constitutivos: *a)* El esquema de los sucesos políticos, que va condicionando cronológicamente el relato; *b)* la anécdota novelesca, insoslayablemente pautada por aquél; *c)* la pintura del «cuadro social» en que se enmarca todo el conjunto. De estos tres elementos, el menos consistente es el segundo, aunque sirva de hilo a cada serie —porque, en realidad, como ha sabido ver Montesinos, cada serie es una sola novela en varios tomos—; los otros dos constituyen, en sentido amplio, la doble faceta, externa e interna, de eso que llamamos hoy *historia íntegra*.

(17) Recensión del libro de TORRES BODET: *Galdós novelista*, en *Bulletin Hispanique*, LIX (1957), p. 332. Cit. por HINTERHÄUSER, pp. 52-53.

En la serie inicial —la que se desarrolla entre Trafalgar y la batalla de los Arapiles— es lógico que predomine la atención prestada a la primera: el carácter épico, impuesto por las circunstancias de la guerra de la Independencia, se impone aquí sobre la observación o el reflejo de unos medios sociales muy alejados cronológicamente del autor, y al otro lado de la frontera marcada por el «antiguo régimen» —estos episodios son los que han obligado a don Benito a un mayor esfuerzo de información indirecta o bibliográfica (18). De aquí también que, a mi entender, sea la primera serie la menos estimable de las cinco en que se agrupan los *Episodios nacionales* (19). En eso coincido plenamente con Montesinos (20); como disiento, desde luego, de Sainz de Robles, demasiando proclive a subrayar los méritos evocadores, «a lo goyesco», de los primeros episodios (21): creo que, en todo caso, habría que apelar aquí a esa aguda distinción que Eugenio d'Ors sabía hacer entre «Goya y lo goyesco», para reconocer cuánto hay de pastiche, de convencional paisaje de abanico, en *La corte de Carlos IV*.

A pesar de la enorme popularidad alcanzada por otros episodios más consistentes de esta misma serie —*Zaragoza, Gerona*—, lo endeble de su trama novelesca y su *inflación* patriótica los sitúan a muchas leguas de la plenitud alcanzada, sobre todo, en la tercera.

> La primera serie de los *Episodios* —ha escrito, con razón, Montesinos— es una novela sumamente engañosa. Ya vimos con cuánto rigor y escrúpulo se documentó Galdós para lo esencial; siempre dirá en qué día y a qué hora, en qué calle o en qué edificio ocurre algo; no omitirá el nombre y número de los regimientos, brigadas o divisiones que entran en acción. Y, sin embargo, es comprobable que la historia entra en los *Episodios* (de esta serie) con sorprendente parsimonia, y que en todos predomina lo novelesco, aunque lo histórico sea esencialísimo, por lo menos en alguno de ellos. La novela que hace Galdós no es todavía de la mejor calidad, aunque siempre se lea

---

(18) Vid. MONTESINOS, p. 79.

(19) Hablo, por supuesto, en cuanto *historiador*.

(20) «Es un lugar común crítico decir que la primera serie de los *Episodios* es la mejor. Disentimos con todo respeto. No; es mejor la segunda, y mejor aún la tercera. Si hay algún desfallecimiento, ello ocurre muy hacia el final» (*Ob. cit.*, página 78).

(21) «...No puede negarse que es la primera Serie la que más emoción y simpatía despierta en nosotros. Y la causa de esta simpatía y de esta emoción debe achacarse a la época en que se desarrollan los diez primeros episodios. ¡El Madrid de Carlos IV y de Fernando VII! Nos acordamos en seguida de la luz, del colorido y del gozo de los pinceles de Goya; y también del donaire, del garbo y la picardía de los últimos sainetes de don Ramón de la Cruz; y también de las manolas y de los majos, de los juegos de los petimetres y las damiselas en los viejos jardines madrileños...» (F. C. SAINZ DE ROBLES: *Introducción a las Obras completas* de Aguilar, t. I, p. 162).

con gran interés, y arrastra, sí, arrastra al lector, pero como arrastra el folletín (22).

Hay, en todo caso, en esta primera serie, un episodio que anuncia ya al gran Galdós: *Juan Martín el Empecinado,* admirable descripción de la guerrilla, en la que se destacan, como en un aguafuerte del *mejor Goya,* la imagen de Juan Martín y la de su envidioso rival, mosén Antón —uno de los tipos más impresionantes de toda la vasta galería humana creada por el escritor—. De igual manera descuella en esta serie otra figura, compleja y sugestiva, la del afrancesado Santorcaz. De hecho, estos personajes resumen en sí mismos la terrible crisis nacional que va a seguir a la guerra de la Independencia: Santorcaz, despegado de las tradiciones nacionales, es el portavoz de las nuevas corrientes ideológicas extendidas sobre Europa por el internacionalismo napoleónico; mosén Antón es uno de los productos más típicos de la reacción casticista; es el clásico cura *trabucaire,* en el que una ancestral vocación guerrillera ahoga todo eco caritativo auténticamente evangélico. En torno a las dos vocaciones —la del cosmopolita napoleónida y masón, la del cura partisano— gira un torbellino de altas o de bajas pasiones que dan, a uno y otro, el aliento de los grandes personajes de las tragedias clásicas. Me parecen estas figuras —la de mosén Antón y la de Santorcaz— mucho más «reales» que las del protagonista de la serie —Araceli— o las de Amaranta —cuyo modelo, no sé con qué lejanos o insuficientes motivos, se ha querido ver en la duquesa de Alba (23)—, y el resto de la galería de aristócratas, forzadamente simbólicos y poco convincentes, incluyendo al británico lord Gray y no digamos a la falsísima miss Fly. Como es mucho más sincera —en cuanto concreto escenario urbano— la evocación del sugestivo Cádiz de las Cortes que la de la Zaragoza heroica, en cuyos detalles no escasean verdaderos errores de bulto (24).

* * *

Es a partir de la segunda serie —y sobre todo al llegar a la tercera— cuando los *Episodios* cobran su verdadero carácter: el de pro-

(22) *Ob. cit.,* p. 85.

(23) *Amaranta* encubría a la duquesa más popular y hermosa de la época, a la más codiciada, a la más ensalzada por la literatura y por el arte», dice Sáinz de Robles, que, no conforme con esto, añade que *Lesbia* «disimula muy poco a otra famosa condesa-duquesa» (p. 162).

(24) La pintura que Galdós hace, por ejemplo, de la celebérrima imagen de la Virgen del Pilar, denota curiosísimos despistes. Véase: «Brillan el oro y los diamantes en el cerquillo de su rostro, en la ajorca de su pecho, en los anillos de sus manos» (¿Qué proporciones tiene la escultura que está *imaginando* Galdós? La auténtica nunca ha podido llevar *anillos,* ni es posible que los fieles, desde

fundo análisis de las raíces, aún no marchitadas, de un inmediato ayer. El *testimonio vivo* del pasado nos llega o en la evocación, *más o menos directa,* de los protagonistas históricos de primer plano, o en el de las figuras de ficción cuando éstas encarnan singularmente una ideología, o un sector social, o un impulso colectivo; o en la descripción de un escenario urbano, o de un medio ambiental; o en la pintura de una escena que resume un trozo de vida histórica; o en el simple «hallazgo» de una determinada «situación», a medias entre la *historia interna* y la *historia externa.*

El acierto de Galdós al describirnos, como un retratista magistral, los grandes —innumerables— personajes «auténticos» que desfilan por los *Episodios* —reyes y príncipes, políticos, militares, diplomáticos—, tiene su clave no en los datos allegados por el autor a través de toda clase de fuentes, sino en su manera de *interpretar* estos datos para *calar* el hombre concreto a que se refieren, para «vivirlo desde dentro» con una eficacia tal que nos es imposible ya, una vez conocida, prescindir de la versión galdosiana cuando hemos de volver sobre una de estas figuras. Por lo general, los que pudiéramos llamar *grandes protagonistas históricos* están tratados con uniforme generosidad por Galdós, y aquí reside precisamente la máxima prueba de su criterio objetivo (alguna vez lo he recordado: el historiador, para ser objetivo, debe impregnar su pluma de una *simpatía universal* que amplíe su *yo* en lugar de ahogarlo). Solamente en contados casos la objetividad así entendida no logra vencer a una antipatía profunda que envuelve al personaje hasta convertirlo en un símbolo de maldad o de torpeza —y ese *sonido único* resta entonces auténtico calor humano al retrato—: así, en la opaca —excesivamente opaca— imagen de Fernando VII; así, sobre todo, en la odiosa evocación de doña Nieves de Braganza, implacable azote de la desdichada ciudad de Cuenca, durante la última guerra carlista (25). En los demás casos, sin distingos

---

las rejas de la capilla, perciban «el brillo en sus pupilas» (¡...!), cuyo «artificial fulgor... remeda la intención y fijeza de la mirada humana»). Claro que, para empezar, Galdós sitúa el nicho de la imagen *a la izquierda,* y no a la derecha de la famosa capilla.

(25) «Era de corta estatura, flaca, rubia, de azules ojos; su belleza, completamente apócrifa, consistía tan sólo en la marcialidad de su apostura y en su destreza hípica, cualidades de marimacho, no de mujer En su rostro vi un mirar ceñudo y una rígida contracción de la boca que indicaban la sequedad del corazón confundida con la brutal soberbia. Llevaba boina roja con borlón de oro, traje negro de montar, altas botas de charol, en la mano un latiguillo que le servía de bastón de mando, y en el cinto un revólver. Tras ella iba el marido, que sólo brillaba por su insignificancia junto a la marimandona» *(De Cartago a Sagunto,* cap. XXV). Impresionantes son las escenas referidas en éste y en los capítulos siguientes, que conviene confrontar con las *Memorias,* escritas, mucho tiempo después, por la propia doña Nieves, a la que, por lo menos, reserva Galdós «las alabanzas que le corresponden como el modelo más extraordinario de fuerza y energía dentro del tipo femenino» *(Obras completas,* III, p. 1.268).

partidistas entre las dos Españas de la guerra civil, no puede percibirse encono alguno en la pluma del escritor, ya se trate de Zumalacárregui, de Cabrera (26) o del propio Don Carlos (27). Especialmente, el trasunto del primero, al que se dedica un episodio entero, es de una nobleza extraordinaria (28), y mucho más convincente que la figura de Cristina, la reina Gobernadora, que pasa con frecuencia por estos episodios de la tarcera serie, plena de sugestión y de belleza, pero sin ganarse nunca del todo la confianza de Galdós, aunque éste nos la presente entre luces y sombras (29).

Caso muy distinto es el de Isabel II, cuyos vínculos de cordial amistad personal con don Benito ya hemos recordado. Isabel II es uno de los personajes que con más frecuencia —desde el capítulo X de *Montes de Oca*— circulan por las páginas de los *Episodios. Los*

---

(26) Lo mejor, quizá, del episodio titulado *La campaña del Maestrazgo* —muy despegado del resto de la tercera Serie— es el conjunto de instantáneas de este personaje, del que piensa su prisionero, don Beltrán de Urdaneta: «Si este hombre triunfara y pudiera manifestar tranquilo y seguro lo que lleva en su corazón y en su cabeza, sería un dictador severo y paternal, rigorista y clemente, próvido para todo, y hasta liberal dentro de su poder soberano indiscutible.»

(27) «Considerados en lo moral, grande era la diferencia entre Fernando y Carlos, pues la bajeza y sentimientos innobles de aquél no tuvieron imitación en su hermano, varón puro y honrado, con toda la probidad posible dentro de aquella artificial realeza y de la superstición de soberanía providencial. Trasladados los dos a la vida privada, donde no pudieran llamarnos *vasallos* ni suponerse reyes cogiditos de la mano de Dios, Fernando hubiera sido siempre un mal hombre; don Carlos, un hombre de bien, sin pena ni gloria» *(De Oñate a la Granja. Obras completas,* II, p. 600).

(28) «Desde aquel otoño de 1833 hasta la primavera del 35, ¡cuántas páginas de patética historia, cuántos hechos brillantes o bárbaros, cuántos esfuerzos de sublimidad heroica, de honrada abnegación o de fanatismo delirante! En tan breve tiempo crece y se complementa una figura militar que sería muy grande si no la hubiera criado a sus pechos la guerra civil. Y en la precisa oportunidad histórica el Destino dispone la integración de la figura del insigne guerrero, agregando a sus coronas de laurel la de abrojos que para él había de tejer puntualmente la envidia; que, sin esto, la figura no podía ser completa. Aproximábase a su ocaso con todos los sacramentos: la gloria que enaltece, la ingratitud que roe, el público aplauso que empuja hacia arriba, la envidia que tira de los pies para hacer bajar al sujeto y poner su cabeza al nivel de las pelonas de la muchedumbre» *(Zumalacárregui,* cap. XXVIII).

«Caudillo de un poderoso ejército, apóstol de una causa formidable, moría en absoluta pobreza, y hasta le faltaba ropa militar con que pudieran amortajarle conforme a su categoría. De lo que a cuenta de sus pagas le dio Mendigaña al salir de Bilbao, poco se encontró en sus bolsillos: casi todo lo había empleado en gratificar y obsequiar a los granaderos que le transportaron en hombros desde la plaza en mal hora sitiada» *(Zumalacárregui,* cap. XXXIII. *Obras completas,* t. II, pp. 402 y 417).

(29) «Era, sin disputa, la más salada de las reinas. Su venida fue un feliz suceso para España, y su belleza, el resorte político a que debieron sus principales éxitos la Libertad y la Monarquía. Su gracia sonriente enloqueció a los españoles; muchos patriotas furibundos, a quienes las malas artes de Fernando habían hecho irreconciliables, desarrugaron el ceño. Antes de tener enemigos encarnizados, tuvo partidarios frenéticos... Lo que llamamos *ángel* teníalo Cristina en mayor grado que otras prendas eminentes de la realeza, y todos hallaban en ella un hechizo singular, un don sugestivo que encadenaba los ánimos» *(Mendizábal,* en *Obras completas,* II, p. 469).

ayacuchos se abre con una estampa deliciosa, que parece coloreada con los pinceles de Esquivel:

> *In diebus illis* (octubre de 1841) había en Madrid dos niñas muy monas, tiernas y vivarachas, amables y amadas. Huérfanas de padre, de madre poco menos, porque ésta andaba como proscrita en tierras de *extranjis* con marido nuevo y nueva prole... Vivía la parejita graciosa en una casa tan grande, que era como un mediano pueblo: no se podía ir de un extremo a otro de ella sin cansarse... Los primeros destellos de la razón llevaron a sus entendimientos la idea de que en derredor suyo existía mucha, mucha gente que las ambaa. Y por ellas se trabó años atrás una espantosa guerra: ¡como que había también regular porción de gente que no las quería nada! Su natural viveza y la intensidad de vida histórica que las rodeaba fueron parte a que se despabilaran pronto: todo lo entendían, y apoderada de sus cerebros la idea de nación, participaron de las tristezas y alegrías de ésta. Con las primeras oraciones aprendieron los himnos que en loor de ellas cantaban los pueblos. «Me parece—dijo la hermanita menor a la mayor, después de oír cantata o recitación de poesías—que eso de *soles de inocencia* lo dicen por nosotras». Y la mayor: «Claro que con nosotras va todo eso. Lo de *augustos ángeles* lo dicen por las dos, y lo de *iris de paz* por mí sola..., porque a ti no te llaman *iris*...». La Historia de España durmió con ellas en las doradas cunas, y tomaba, para penetrar mejor en el entendimiento y adhesión a la voluntad de las regias niñas, la forma y ademanes tiesos de las lindas muñecas con que jugaban. Aprendieron a leer más pronto que otras criaturas de su misma edad, y deletrearon los emblemas liberales, interpretándolos como el mimo que todo un pueblo les daba, o como el cariñoso arrullo para que se durmiesen. Tuvieron por coco al faccioso, uno a quien llamaban *pretendiente*, y como a libertadores paladines de cuentos de hadas vieron a Córdoba y Espartero, a León y O'Donnell, caballeros fantásticos que corrían por los aires montados en hipogrifos y volvían trayendo sartas de cabezas facciosas ...

Con este tono de cuento infantil, Galdós penetra en la intimidad más profunda de la Reina, entra en su alma de niña para *crecer con ella* y expresar con ella lo mejor de una personalidad profundamente generosa, guiada siempre por el amor innato hacia su pueblo; aunque el destino—un «triste destino»—y las circunstancias, y las personas, desvirtuasen sus impulsos, y hasta «su verdad» para convertirla en caricatura y símbolo de lo que nunca fue. Cuando alguna vez se intente en serio una reivindicación de la Reina, bastará con acudir a las páginas de Galdós y sobreponer la imagen trazada por el gran confidente y amigo de Isabel II a la deformación guiñolesca perpetrada por Valle-Inclán en *La Reina castiza*. Porque nada tiene que ver con un «casticismo» desgarradamente plebeyo la «intuición popular», la identificación entre el alma de la Reina y el alma del pueblo, que

Galdós ha sabido describir de forma impresionante en el capítulo final de *Bodas reales:*

> ... Todo el regocijo de los corazones, toda la efusión de las almas era para la reina Isabel, para su juventud risueña y llena de esperanzas, para su rostro sonrosado, en que la virginidad y la gracia fundían sus encantos... Desfilando en la soberbia carroza, entre las apretadas masas del pueblo, iba Isabel en sus glorias; gustaba de las exhibiciones al aire libre, ante gentes que en nada se asemejaban a las empalagosas figuras palatinas. Entre el pueblo y ella había algo más que respeto de abajo y amor de arriba; había algo de fraternidad, un sentimiento ecualitario de que emanaba la recíproca confianza. Nunca hubo reina más amada, ni tampoco pueblo a quien su soberano llevase más estampado en las telas del corazón. Por esto, el mayor goce de Isabel era ver las caras mil, complacidas, satisfechas, que a su paso le sonreían; no se cansaba de saludar a todos, cara a cara si podía, y de buena gana habría puesto nombre a cada semblante para añadir la expresión de la palabra a la de la sonrisa... En verdad que el pueblo ha querido de veras a la reina Isabel, así en sus tiempos felices como en los desgraciados. La quiso en la niñez, en la juventud, en sus desposorios, en todo su reinado, sin que los errores de ella amenguaran este afecto; la quiso cuando la vió tambaleándose al borde del abismo; la quiso también caída, y todo se lo perdonaba con una garbosa y campechana indulgencia, como entre iguales...

En las páginas dedicadas por Galdós a Isabel II —todas sumamente interesantes— se transparenta, con frecuencia, lo que es *simple transcripción* de un diálogo mantenido con la Soberana, aunque se intercale, como es lógico, en tiempo y circunstancias muy distintas. Reflejo de recuerdos infantiles hay en el relato —sin duda hecho por Doña Isabel al novelista— de los acontecimientos de octubre de 1841, esto es, el intento de asalto a Palacio por el romántico Diego de León: los errores de detalle son consecuencia, lógicamente, de la lejanía de aquellas horas, vividas en la feliz inconsciencia de la infancia por la Majestad caída, que las rememora ya en el exilio (30). Retazos de una confidencia directa se hallan en las dos conversaciones que se supone sostenidas por el marqués de Beramendi con Doña Isabel en La Granja, allá por los días del primer gobierno Narváez:

> —Quisiera contentar a todos, y que nadie tuviese en España ningún..., vamos, ninguna pretensión que yo no pueda satisfacer... Pero ¡hay tantos, tantos que a mí vienen, y yo...! ¡Pobre de mí!, no puedo ser tan buena como quiero... Por ahí corre un cuento acerca

(30) Estos errores de detalle pueden registrarse confrontando el relato que Galdós pone en labios de la Reina, con el que del famoso acontecimiento hizo, puntualmente, en el pasaje más interesante de sus *Memorias,* la Condesa de Espoz y Mina, camarera mayor de Palacio en aquellas fechas.

de mí..., ¿no lo has oído tú? Pues te lo voy a contar; porque aunque parece cuento, no lo es; es Historia..., sólo que esas cosas no pasan a la Historia... Aún no era yo mayor de edad, cuando un desgraciado caballero, hijo de un servidor muy leal de mi padre y de mi madre, vino a decirme que se veía en grande aprieto, que le ejecutaban, le deshonraban y qué sé yo qué... Vamos, que le hacían falta veinte mil duros... El lloraba pidiéndomelos, y yo lloraba también, más que de pena, de la alegría que me daba el poder remediar tamaña desgracia... ¿Qué creerás que hice? Pues llamar a don Martín de los Heros, que era entonces mi intendente, y decirle con la mayor naturalidad del mundo: «Heros, tráeme ahora mismo veinte mil duros». El pobrecito de don Martín, que era más bueno que San José, me miraba y suspiraba, y no decía nada; no se atrevía... Como que nadie se ha cuidado de advertirme las cosas, ni de instruirme, por lo cual yo ignoraba todo, y principalmente las cantidades. Tanto sabía yo lo que son veinte mil duros como lo que son veinte mil moscas. Don Martín, ¿qué hizo? Pues se fue a la Intendencia, y miemtras yo estaba de paseo hizo subir veinte mil duros en duros, en duros, ¿eh?, y me los puso sobre la mesa, así, muy apiladitos. ¡Juan de mi alma! Yo, que vuelvo del paseo con mi hermana y me veo aquel catafalco de dinero, aquello que parecía un monte de plata...! Llamo, y entra don Martín, que me acechaba en la cámara próxima. «Intendente, ¿qué es esto?» Y él, muy serio: «Señora, esto es lo que Vuestra Majestad ha pedido: veinte mil pesos.» ¡Ave María Purísima! ¡Qué miedo me entró!... «Pero, ¿es tanto? ¿Pero veinte mil duros son tantísimos duros? No, no es esto lo que yo pedía. Es que no me han enseñado ni siquiera el mucho y poco de las cosas. No, no, Martín; no hay que darle tanto a ese perdido, que, según dicen, maltrata a su mujer...» ¿Qué te parece? Pues aquella lección se me ha quedado muy presente, y no fue lección perdida. Por fin, el donativo se redujo a cinco mil duros, y aún me parece que me corrí demasiado...

He transcrito el largo párrafo completo porque aquí no se trata *solamente* del relato de una anécdota *plenamente histórica*—y muy definidora—, recogida y transmitida «en directo» por el escritor, sino de algo mucho más curioso: del *trasunto vivo* de la Reina en su forma encantadora de expresarse, reflejada con la misma fidelidad con que lo hubiera hecho en nuestro tiempo una cinta magnetofónica.

Coleccionar las «instantáneas» de Isabel II entreveradas en los *Episodios* requeriría por sí sólo en extenso trabajo. Baste subrayar ahora que está claro siempre en todas ellas el ánimo de comprensión y afecto con que Galdós ha sabido acercarse y *entender* a la Reina, encerrada, a partir del triunfo del *doctrinarismo* moderado, dentro de los límites de una insalvable disyuntiva: la de los deberes constitucionales, recordados cada vez en forma más violenta por el progresismo, vencedor en la guerra civil y embotado ahora en los «obstáculos tradicionales»; la de las imposiciones de una conciencia sincera-

mente religiosa, hostigada por las directrices ultramontanas de Pío IX —embarcado en la pura reacción desde 1849—, imposiciones a las que apelará siempre el sector menos transigente, más fuerte también, de un moderantismo que escapa de los intentos de síntesis de Narváez para «dogmatizar», bajo las inspiraciones visionarias de sor Patrocinio, que «el liberalismo es pecado». Más que en la figura de la Reina, nuevamente evocada con emoción conmiserativa en el episodio titulado *La de los tristes destinos,* los resultados trágicos de esta disyuntiva imposible se reflejan en la educación palatina del prometedor príncipe Alfonso —para quien el exilio, después de la Gloriosa, va a ser en este sentido una insospechada y felicísima liberación—. El comentario de Beramendi en vísperas de la revolución es sumamente certero:

> Compadezco a este niño y compadezco a mi patria. En Alfonso vi una esperanza. Ya no veo más que un desengaño, un caso más de esta inmensa tristeza española, que ya, ¡vive Dios!, se nos está haciendo secular... ...Bien está el manejo de las armas; buena es la equitación como ejercicio corporal: la prestancia de un rey exige todo eso... Pero ¿acaso no pide también una fuerte enseñanza espiritual? ¿Es el rey no más que un figurón a pie o a caballo para presidir ceremonias ociosas o paradas teatrales? Un rey es la cabeza, el corazón, el brazo del pueblo, y debe resumir en su ser las ideas, los anhelos y toda la energía de los millones de almas que componen el pueblo....

(Resulta curioso que Galdós, republicano militante por las fechas —1907— en que redacta estas líneas, nos dé en ellas la mejor definición de una realeza *históricamente insustituible.)*

* * *

El *caso* de Isabel II —su tragedia personal, síntesis de la gran tragedia española— explica que, en la nutrida galería de figuras políticas de primer plano evocadas por Galdós, destaquen Mendizábal —verdadero artífice de la revolución liberal y muy admirado por don Benito— y Narváez, clave esencial del reinado, que aún está esperando un estudio serio y libre de convencionalismos (31).

Mendizábal se nos aparece apenas elevado al Ministerio —en el episodio que lleva por título su nombre— como una novedad absolutamente inédita para el plácido sestear de la burocracia española, sabe

(31) Como el que sin duda le dedicará mi querido maestro y amigo, don Jesús Pabón, que trabaja tiempo hace sobre la copiosa documentación de la Academia de la Historia (el Archivo Narváez) por él puntualmente ordenado y catalogado.

lo que quiere, sabe cómo llegar a ello y viene a imprimir un ritmo nuevo —el del progresso, reflejado en todos los órdenes— a la vida del país, muy anclada aún en las formas y en los vicios del antiguo régimen. Se ha acabado, de momento, el «Vuelva usted mañana» que en sus mismos días fustigara Larra:

> Desempeñando interinamente, además de la cartera de Hacienda, con la Presidencia, las de Guerra, Marina y Estado, hubo de promiscuar en el despacho de mil negocios diferentes. Por milagro de Dios no se volvió loco el bueno de don Juan Alvarez, que materia ofrecía cualquiera de aquellas oficinas para trastornar el seso del más pintado en tiempos tan revueltos. Confiado ya en dominar la espantosa anarquía de las Juntas, que convertían el reino en una inmensa jaula de locos; seguro ya de la quinta de cien mil hombres, arriesgado acto del Gobierno, que revelaba iniciativa poderosa y voluntad de acero, se metió en su casa propia, Hacienda, y empezó a remover y sacudir, con mano de atleta, las mohosas inercias de la Administración heredada de Fernando VII. ¡Lástima que no lo hiciera con más pulso, para que las ruinas y los escombros no embarazaran la obra nueva! Construía con el hacha... Aunque no carecía de habilidad, no pudo evitar el cortarse las manos con la herramienta que tan presuroso manejaba (32).

La actividad desplegada por Mendizábal no se reduce a una exigencia de máximo rendimiento a sus subordinados. Empieza por él mismo: ya muy avanzada la noche, no acaba aún de determinarse a abandonar el Ministerio.

> Cerca de la una, Mendizábal se quedó solo; mas no se resolvió a retirarse a su casa, porque el aposento ministerial le retenía, le agasajaba: temía dejarse allí las ideas si se iba, y con sus ideas la ilusión risueña y querida de salvar al país y hacerlo dichoso.

Su voluntad de hierro y el recuerdo de sus éxitos anteriores son el mejor estímulo para Mendizábal cuando empiezan los reverses a atravesarse en su camino. Pero su fracaso —relativo— tiene dos razones: si una de ellas está en la resistencia o en la envidia de los demás —las «ambiciones menos desinteresadas» de los otros, estorbando a su propia «ambición de gloria»— la otra reside en el exceso de idealismo con que se ha lanzado a una obra sólo a medias realizada, porque tras el

(32) *Mendizábal,* cap. XXX. Páginas atrás se nos da un retrato físico: «Al incorporarse, presentó a la admiración y al respeto de Calpena su hermoso busto, el rostro grave de correctísimas facciones, el rizado cabello, las patillas tan bien encajadas en los cuellos blancos, y éstos en el lioso tafetán de la negra corbata reluciente, las altas solapas de la levita, y por fin, al ponerse en pie, ésta en toda su longitud, ceñida y al mismo tiempo holgada... Cuando don Juan de Dios avanzó hacia él ostentando la gallardía total de su persona, su alta estatura, Calpena, que ya había admirado el busto, admiró también el pantalón de corte perfecto, como de sastrería londinense, y el pie pequeño calzado con zapato bajo sujeto en el empeine con un lazo de cintas negras» *(Obras completas,* II, pp. 455-456).

«entusiasmo y la voluntad recta» ha faltado «coordinación en las ideas, madurez, método». «Ha vivido largo tiempo fuera de España, medio seguro para equivocarse respecto a personas y cosas de acá. El hombre de Estado se forma en la realidad, en los negocios públicos, en los escalones bajos de la Administración. No se gobierna con éxito a un país con los resortes del instinto, de las corazonadas, de los golpes de audacia, de los ensayos atrevidos. Se necesitan otras dotes que da la práctica y que, unidas al entendimiento, producen el perfecto gobernante.»

En todo caso, este idealista ha contribuido más que otro alguno al triunfo de la revolución liberal: la gran desamortización eclesiástica es obra suya y la desamortización ha hecho ya irreversible un proceso político al que se ha vinculado decisivamente el tercer estamento —la burguesía— y en el que se ha interesado incluso la vieja nobleza. El proceso político, que envuelve una decisiva «promoción estructural», se verá respaldado por el fin de la guerra civil, pero, sobre todo, por el empeño «integrador» de los moderados, que supone, de una parte, el respeto a los hechos consumados, pero de otra una apertura creciente —y a partir de un momento determinado, excesivamente arriesgada— hacia la *España vencida*. Sólo la tremenda energía de un general que dista mucho del idealismo de Mendizábal logrará sostener las conquistas sustantivas del liberalismo manteniendo a raya la doble subversión: la que rompería los límites del «pacto» hacia la izquierda, la que convertiría aquél en pura reacción de signo clerical. Este general —Narváez— explica así su difícil situación al frente del Gobierno, blanco de los tiros de unos y de otros, pero imprescindible, en definitiva, como única garantía de la endeble estabilidad del trono de Isabel, envuelto en la «guerra fría» que ha sustituido a la «caliente»:

> Aquí donde usted me ve, soy yo más liberal que nadie, y si me apuran, más demócrata que la Virgen Democracia. Ni temo a los de abajo, ni adulo a los de arriba... Yo he visto de cerca las caras de Zumalacárregui, de González Moreno, de don Basilio, de otros muchos guerreros muy respetables, y no me dan asco. Ellos luchaban en su campo, yo en el mío; ellos se mataban por su rey, yo por mi reina. Eramos rivales nobles. Ganamos nosotros la partida. Por zancas o barrancas quedaron los facciosos debajo; nosotros encima... Pues ahora los convenios de Vergara y los clérigos de capa corta que allí tuvieron su desengaño quieren suplantarnos y abolir el régimen y traernos el carlismo sin don Carlos, o el absolutismo con Isabel, y esto no hemos de tolerarlo, ¡carape!... Como no hemos de consentir que los que tronaron contra la desamortización sean ahora los que quieren echar abajo *lo existente*... No será tan malo el árbol cuando a su sombra hicieron sus pacotillas estos ricachones que ahora se gastan el dinero en escapularios y que me acusan de que no miro

por la religión... Si es tan malo el régimen, que se lo cuenten a los que por ese mismo sistema político, ¡ahí duele!, fueron *comisionados del crédito público* y se encargaron de recoger el papel moneda de los conventos... ¿Dónde está ese papel? Yo no digo nada: hable usted con los que dicen que se ha convertido en ladrillos y éstos en casas.

En el apóstrofe que hemos copiado, y que Galdós pone en boca de don Ramón María Narváez, diríamos que se resume no sólo la personalidad del hombre y del gobernante, sino la clave de una situación política y social —la encuadrada por los *Episodios* de la cuarta serie—, que sólo hallará salida, tras la trepidación revolucionaria del 54 y el nuevo intento de síntesis —el centrismo de la *Unión Liberal*— montado por O'Donnell en la revolución de 1868.

La manera de «tratar» al personaje Narváez es, como en el caso de Isabel II, no sólo una prueba máxima de la *objetividad* que antes definíamos y que a muchos desconcertaría —este episodio se escribe en 1902—, sino una admirable muestra de la *intuición* del novelista para «calar el ser» de sus grandes protagonistas históricos. También es significativo que la semblanza de Narváez —y no la de Espartero, por quien el escritor siente una inclinación indudable, o las de O'Donnell y Prim, menos «próximos», aunque a veces maravillosamente «vistos»— sea la más profunda, la más minuciosa y certera de cuantas nos ofrece esta vasta galería de retratos. La complejidad psicológica del general —en quien una bondad innata convive con una energía y una dureza que brotan a golpes, a estallidos, para ser superadas en seguida por la reflexión y la generosidad— ha atraído, sin duda, al escritor; pero, además, éste ha contado con excelentes asesores para la comprensión del personaje —ya hicimos referencia al principal de ellos, el general San Román—. Los Capítulos XIII a XV de *Narváez* —resueltos en forma de un diario del protagonista, Beramendi— son verdaderamente insustituibles para el historiador y valen por todo un archivo de información documental; desde la «entrada» de don Ramón y la graciosa trifulca con su ayuda de cámara, *Bodega*, hasta las explicaciones directas con su visitante —Beramendi— y el largo diálogo en que, retirado Narváez, el ayudante del general y el propio San Román van definiendo, entre anécdotas y «momentos» sumamente expresivos, el carácter —cualidades, defectos, rasgos— del temido *Espadón*. San Román resumirá este conjunto desconcertante de datos con un juicio certero:

Es un gran corazón y una gran inteligencia; pero inteligencia y corazón no se manifiestan más que con arranques, prontitudes, explosiones. Si mantuviera sus facultades en un medio constante de potencia afectiva y reflexiva, no habría hombre de Estado que se le igualara.

Este juicio de San Román es, sin duda alguna, también el juicio de Galdos.

* * *

Basten estos dos ejemplos —el de Isabel II y el de Narváez— como exponente de cuanto supone para el historiador la rica cantera de retratos *vivos* coleccionada en los *Episodios:* se trata siempre de una definición certera que, a un mismo tiempo, nos lleva a las claves psicológicas y nos sitúa en la *circunstancia* condicionante. Pero la mayor parte de las veces llegamos a esa *circunstancia* a través de un personaje de ficción, entendido como síntesis o como símbolo. Por lo general, no se trata de los protagonistas de primer plano, demasiado envueltos en la anécdota folletinesca, que acaba por contagiarlos de convencionalismo —caso de los hermanos Salvador Monsalud y Carlos Navarro, en que se encarnan las dos Españas de la guerra civil a lo largo de los episodios de la *segunda serie*—. Recordemos, en cambio, ese prodigio de intuición y de gracia que son las *Memorias de un cortesano de Fernando VII,* en que, hablando en primera persona, queda grabada para siempre la imagen de doblez y de vileza del «fernandista» sin más principios que su propio medro, dispuesto a todo —y, por supuesto, a vestir «todas las casacas»— para escalar el codiciado *cursus honorum.* No recuerdo haber visto registrada en ningún comentarista de Galdós la estrecha conexión entre los cuadros de mezquino favoritismo, de inversión de todos los valores, que Juan Bragas Pipaón nos va trazando con asombroso cinismo, y las inefables cartas de Andrés Niporesas, en que Larra plasmó el decadente medio social desde el que escribía, en el crepúsculo de la monarquía absoluta; pero creo que sólo mediante lecturas muy atentas de *El Pobrecito Hablador* ha podido llegar don Benito a esa maravilla de ironía, a esa prodigiosa caricatura que rebasa de hecho —como le ocurre a su modelo— los límites concretos de la situación a que se refiere, puesto que, según la expresión de Sainz de Robles, este estupendo tipo galdosiano «siempre se encuentra *entre los que están mandando*».

De forma parecida, si don Patricio Sarmiento resulta, *esperpénticamente,* una especie de desorbitado «loco de la libertad» a través de sus aventuras y desventuras en el *trienio* y en la *segunda reacción,* hasta llegar a su lamentable fin —para pintar el cual el propio escritor nos recuerda, quizá inoportunamente, que se ha atenido a un acontecimiento real—, en cambio otra figura menos destacada en esos mismos episodios, la de don Benigno Cordero, supone uno de los logros más perfectos de la vasta creación galdosiana. En Cordero es imposible dejar de ver la encarnación de esa pequeña burguesía de honrados comerciantes madrileños, decisivamente vinculada a la re-

volución liberal desde los días del *trienio:* una clase social que vive su epopeya en la plaza Mayor el 7 de julio de 1822 —fecha que consagra el triunfo de la milicia nacional, la milicia de origen plebeyo, frente a la aristocrática guardia de corps, como en una alternativa simbólica—. En el episodio que lleva por título, precisamente, *7 de Julio,* Galdós ha escrito una página de antología: la que refiere el misterioso impulso que transfigura al mercader en héroe:

> Don Benigno no había matado nunca un mosquito; don Benigno no era intrépido, ni siquiera valiente, en la acepción que se da vulgarmente a estas palabras. Mas era un hombre de honradez pura, esclavo de su dignidad, ferviente devoto del deber hasta el martirio callado y frío; poseía convicciones profundas; creía en la libertad y en su triunfo y excelencias, como en Dios y sus atributos... Era un alma fervorosa dentro de un cuerpo cobarde, pero valiente.
>
> Cuando vio que los suyos vacilaban indecisos; cuando vio el fulgor del sable de Palarea y oyó el terrible grito del brigadier guerrillero y médico, su alma pasó velozmente y en el breve espacio de unos segundos de sensación a sensación, de terribles angustias a fogosos enardecimientos. Ante sus ojos cruzó una visión, y ¡qué visión, Dios poderoso!... Pasó la tienda, aquel encantador templo de la subida de Santa Cruz; pasó la anaquelería, llena de encajes blancos y negros en elegantes cajas. Las puntillas de Almagro y de Valenciennes se desarrollaron como tejidos de araña, cuyos dibujos brillaban ante sus ojos; pasaron los cordones de oro, tan bien arreglados en rollos por tamaños y por precios; pasó escueta la vara de medir; pasaron los libros de cuentas, y el gato que se relamía sobre el mostrador; pasaron, en fin, la señora de Cordero y los borreguitos, que eran tres, si no miente la Historia...
>
> Pero aquel hombre pequeño estaba decidido a ser grande por la fuerza de su fe y de sus convicciones; borró de su mente la pérfida imagen doméstica que le desvanecía y no pensó más que en su puesto, en su deber, en su grado, en la individualidad militar y política que estaba metida dentro del don Benigno Cordero de la subida de Santa Cruz. Entonces el hombre pequeño se transfiguró. Una idea, un arranque de la voluntad, una firme aplicación del sentido moral bastaron para hacer del cordero un león, del honrado y pacífico comerciante de encajes un Leónidas de Esparta. Si hoy hubiera leyenda, si hoy tuviéramos escultura y don Benigno se pareciese a una estatua, ¡qué admirable figura la suya elevada sobre un pedestal en que se leyese: *Cordero en el paso de Boteros!*

El censo de estos personajes «inventados», de que el autor se vale como clave para definir la circunstancia histórica sin apelar a las figuras reales, es extensísimo en los *Episodios* —aunque, a veces, su papel representativo pierde autenticidad cuando se eleva a la categoría de símbolo y el símbolo aparece forzado con exceso: recordemos el caso de don Felicísimo Carnicero, agente de negocios eclesiásticos, en-

carnación del carlismo reaccionario en las postrimerías de la «dácada ominosa», y su tétrica casa que materialmente se cae de vieja y que de hecho se derrumba, como el antiguo régimen, el mismo día en que Fernando VII pasa a mejor vida (33). Pero en ocasiones no es un personaje, sino un *paisaje* o un *ambiente* lo que nos sitúa de lleno dentro de la *circunstancia* evocada. Pienso, por ejemplo, en el estupendo aguafuerte —aguafuerte romántico, a lo Doré— de la Solsona que sirve de escenario a *Un voluntario realista* durante la extraña «guerra de los agraviados», cuya evocación por Galdós está, por cierto, perfectamente acorde con lo que de ella han podido decirnos, por fin, muy recientes investigaciones históricas (34); o en el Bilbao de *Luchana,* admirable pintura de un determinado tipo de sociedad; o en el Oñate de la Corte carlista; o en el Cádiz de la primera Serie... Por eso es más de lamentar que una ciudad decisiva en el cuadro político y social del siglo XIX —la Barcelona en que se refleja el proceso de la revolución industrial, operado en gran escala en otros meridianos europeos— no halle lugar dentro de la variadísima geografía galdosiana más que de una forma fugaz e indirecta en el episodio *Los ayacuchos,* cuando se nos hace el relato de los acontecimientos que habían de iniciar la fase crepuscular de la «dictadura» esparterista. La consecuencia lógica es que escapan al calidoscopio galdosiano los estratos más representativos de la burguesía industrial y el gran comercio, sustituidos por la alta mesocracia enriquecida de Madrid, lo que no da exactamente lo mismo; y que no sea un *proletariado urbano* propiamente dicho el que aparece como contraste de estos sectores sociales reflejando el «bajo pueblo», sino el clásico artesanado madrileño, antes de que se produzcan las grandes oleadas migratorias desde Andalucía a la villa y corte. Pensamos en lo que pudo haber sido el estupendo fresco galdosiano de la revolución de 1854 si el autor hubiera ampliado su ángulo de visión para abarcar las conmociones proletarias de Barcelona, cuando se producía por primera vez una huelga general y el obrerismo urbano tomaba definitivamente *conciencia de clase.*

Con frecuencia es, mejor que un paisaje, un *ambiente* lo que sirve para situarnos *de lleno* en la época y en la circunstancia. Por ejemplo, la deliciosa evocación de los jardines cortesanos de La Granja durante la grave enfermedad de Fernando VII en 1832, cuadro colorista y minucioso, inspirado sin duda en las estampas descriptivas del paisajista Brambila —a quien, por cierto, no ha recordado Hinterhäuser al hacer alusión a las posibles «fuentes pictóricas» de Galdós—, pero

(33) «En esta parte la intención alegórica es del todo transparente» (MONTESINOS, *ob. cit.,* p. 156).

(34) Véase el excelente libro de JAIME TORRÁS: *La guerra de los agraviados* (Publicaciones de la Cátedra de Historia de España, Barcelona, 1967).

mucho más que estas fugaces viñetas cortesanas, llenas de acierto a pesar de no haber sido tomadas *en directo,* resulta magistral en Galdós la morosa evocación de interiores: interiores burgueses, sobre todo, que nos permiten entrar en el mundo ambiental de la clase media madrileña en los años centrales del siglo XIX (35).

Con la pintura de *ambientes* está relacionada la habilidad de don Benito para *sorprender* una determinada situación que ha escapado al examen de la historia grande, pero que resulta un extraordinario hallazgo del novelista, hallazgo que le permite moverse por un escenario absolutamente inédito, pero en el que coinciden en cierto modo los dos planos de la historia íntegra —«interno» y «externo»—. De *hallazgo* lleno de posibilidades, admirablemente desarrolladas por el escritor, hay que calificar *El equipaje del Rey José,* episodio que abre la segunda Serie y que gira en torno a la historia del fabuloso convoy abandonado por los franceses en su huida después de la batalla de Vitoria. No se trata tan sólo de la imagen del saqueo y de la violencia desencadenados sobre los inermes afrancesados en retirada —negra contrapartida del triunfo patriota, en que ya se anuncian los términos de las próximas guerras civiles (36)—, sino de los múltiples detalles con que se señalan, por ejemplo, las curiosas consecuencias económicas registradas, sin duda, por el propio autor: «Muchos aldeanos se

---

(35) Sirva de muestra la descripción de la morada de don Benigno Cordero, entonada como los interiores de los pintores intimistas holandeses: «La casa era grande, tortuosa y oscura como un laberinto. Había que conocerla bien para andar sin tropiezo por sus negros pasillos y aposentos, construidos a estilo de rompecabezas. Sólo dos piezas tenían ambiente y luz, y en una de ellas, la mejor de la casa, fue preciso instalar a Cruzita con las doce jaulas de pájaros que eran su delicia. No faltaba en el estrado ningún objeto de los que entonces constituían el lujo, pues a don Benigno se le había despertado el amor de las cosas elegantes, cómodas y decentes... Con las onzas de Cordero y el buen gusto de Solita vióse pronto la casa en un pie de elegancia que era el asombro de la vecindad. Fue vestida la sala de hermoso papel imitando mármol y una tanda de sillas de caoba sustituyó a las antiguas de nogal y cerezo. El brasero era como un gran artesón de cobre, sustentado sobre cuatro garras leoninas, y con la badila y reja no pesaba menos de medio quintal. El sofá y los dos sillones, que hoy nos parecerían potros de suplicio, eran de lo más selecto. Las cortinas de percal blanco con franjas de tafetán encarnado tenían aspecto risueño y se conceptuaban entonces como lo más lujoso y elegante. No faltaban las mesillas de juego con sus indispensables candeleros de plata, ni las célebres y ya olvidadas rinconeras, llenas de baratijas y objetos de arte y ciencia, tales como cajas, caracolas, figurillas de yeso, algún jarro, libros y una par de pajaritos disecados. En el marco del espejo apaisado veíanse algunas plumas de pavo real puestas con arte y simetría, como las pintan en las cabezas de los salvajes. En cuestión de láminas, habíanse conservado las antiguas, que eran el *León de Florencia devorando a un niño,* la *Desgraciada muerte de Luis XVI* y la *Caída de Icaro...*» *(Los apostólicos. Obras completas,* II, página 110).

(36) «Sí; al mismo tiempo que expiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majestuoso seno ensangrentado y destrozado de la una, salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, comenzó a hacer atrocidades desde la cuna...» *(El equipaje del Rey José,* en *Obras completas,* t. I, p. 1.245).

enriquecieron con la rapiña de aquella noche, y en Alava y la Rioja existen todavía familias ricas cuya fortuna proviene de la batalla de Vitoria.»

De *hallazgo* hay que calificar asimismo, en cuanto escenario, la imagen del Palacio Real, no entendido como estricta morada regia, sino como una curiosa síntesis de estratos sociales superpuestos: «subiendo de los profundos sótanos a los altos desvanes se podían admirar regiones y costumbres diferentes en capas sobrepuestas, distintos estados de sociedad que encajaban unos sobre otros como las bandejas de un baúl mundo», se nos dice en *Los ayacuchos;* pero es en episodios sucesivos donde Galdós sabe sacar las consecuencias de este «descubrimiento» como un anticipo de lo que va a ser, en cuanto fuente de sugerencias y observaciones, el desconocido e inmenso «barrio» de las buhardillas palatinas, fondo esencial de su gran novela *La de Bringas.*

En fin, a veces se trata de algo más que de escenarios y situaciones: se trata de concretos hechos históricos vividos, más o menos de cerca, por el autor. Sobre ello hemos dicho ya bastante: la quinta Serie, en la que la fuerza del relato decae sensiblemente, mientras de otra parte el abuso de los elementos simbolistas y visionarios —la continua inserción de *Clío,* encarnada una y otra vez entre los protagonistas de estos episodios— acaba por cansar la atención del lector, es en cambio álbum de instantáneas históricas directas: algunas tan impresionantes como el duelo en que halla la muerte el romántico príncipe don Enrique de Borbón —y su velatorio y entierro—, o las magistrales escenas de la agonía de Prim y las asombrosas «honras masónicas» tributadas al héroe de Castillejos en la basílica de Atocha.

Pero, en realidad, lo que constituye la «materia histórica» básica para el investigador no está —volvemos sobre algo que ya dijimos páginas atrás— en la galería de retratos «auténticos» ni en los personajes de ficción seleccionados como clave y símbolo, ni en la pintura de ambientes y escenarios, ni en las *situaciones-hallazgo,* ni en los numerosos cuadros que constituyen un *reportaje en directo,* sino en el mismo entramado humano volcado ampliamente a través de un vastísimo censo de personas que resumen una *evolución* de clases y mentalidades —características del ciclo revolucionario liberal— perfectamente captada, sobre todo, en las dos grandes Series centrales —tercera y cuarta— en que «vivimos», de una parte, la aproximación —la fusión, a la larga— de la vieja aristocracia del nacimiento y la nueva nobleza del dinero: una burguesía en buena parte enriquecida con el proceso desamortizador y vinculada a la «familia política» de los

moderados (37), y la consecuente desarticulación de lo que antes se llamara ampliamente —en los momentos de la lucha, en frente compacto, contra los privilegios estamentales— «clases medias», polarizadas en dos direcciones: una espuma social y económica, hacia arriba, hacia el poder y la nobleza de nuevo cuño; un amplísimo sector del pequeño comercio, la burocracia inestable de los funcionarios, hacia los lindes del cuarto estado (38). La etapa de O'Donnell y de la Unión Liberal, época áurea de un capitalismo a la moderna, lanzado a las inversiones ferroviarias y a la especulación bursátil, marca el momento de máxima distensión en el tercer estamento. El afán de mantenerse *dentro* de los cuadros brugueses (39) da lugar a la aparición del cursi y a la proliferación de esa suerte de mendicidad vergonzante encarnada en el *cesante,* ya «fichado» en época muy temprana por Mesonero, pero mucho más extendido en tiempos de Galdós, que reiteradamente volverá sobre él en los *Episodios,* hasta que llegue el momento de fijarlo de forma impresionante en una de sus máximas novelas *(Miau),* y entre estos dos términos extremos de la clase social-eje se registra también una creciente relajación de costumbres —impulsada por el espectáculo ostentoso de la nueva riqueza, ennoblecida o no (40)— y, como temprana *reacción «anti»,* los primeros ejemplos de

---

(37) Sumamente representativo es el caso de la familia Emparán. En cuanto a Pepe García Fajardo, el flamante «marqués de Beramendi», niño prodigio, seminarista en Roma, aventurero y romántico hasta que la conveniencia le induce a *pactar* y *sentar cabeza* mediante un enlace matrimonial de puro cálculo —aunque, por gracia divina, salga del todo bien—, es el protagonista de la cuarta Serie; su oportunismo no acaba de ganar nuestra simpatía, si bien el autor lo adorna con las más atractivas cualidades. En él —dice Sáinz de Robles, esta vez con sobrada razón— significó don Benito «la *cuquería política,* desarrollada para el alcance de la *panacea gubernamental,* inventada y patentada, a turno, por los progresistas y los moderados» *(Pb. cit.,* p. 161).

(38) Simultáneamente se *respira* en estos episodios centrales de la tercera y cuarta Series —para mí, los mejores— el doble y curioso proceso: un aburguesamiento de la nobleza que de hecho evoluciona hasta «hacerse» el modelo a que la burguesía aspira en su ansia de encumbramiento, y el ennoblecimiento de las altas cimas burguesas, atentas a los trasiegos de fortuna que las desvinculaciones han provocado en los estamentos privilegiados. Un cierto y peculiar exponente de este proceso se analiza minuciosamente en la mejor novela de Galdós —si no existiera *Fortunata y Jacinta*—: la trilogía de *Torquemada.*

(39) Como ha señalado con acierto Salvador Bermúdez de Castro, «en nuestros días, aquellos estratos bajos de la clase media del siglo pasado, no encontrarían dificultades ni se opondrían a orientarse hacia un oficio técnico. Sus pares, hoy, acomodados a tales empleos, se benefician de un bienestar evidente. Su nivel cultural de entonces, sin duda, era ampliamente suficiente. ¿Qué les retenía, pues?... Desde luego, el ínfimo nivel salarial existente. Los oficios técnicos —lo que actualmente llamaríamos «obrero capacitado»— apenas permitían rebasar niveles de mera supervivencia... Para comprenderlo en su verdadera dimensión, hay que partir de la base de que la miseria y la masa asalariada eran una sola cosa...» *(Reflexiones sobre las clases medias españolas en el siglo XIX.* Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional del Sur [Bahía Blanca, Argentina]. Ejemplar mecanografiado.)

(40) Ese relajamiento social, al par del aumento de la riqueza, queda reflejado en el ciclo de novelas de la cuarta Serie; recuérdese, como caso representa-

una romántica rebeldía emancipadora contra los convencionalismos hipócritas de la «moral burguesa» (41).

No es tan certero Galdós para «penetrar» en el *cuarto estado.* Antes indiqué una de las razones: *su pueblo* es el artesanado madrileño, insuficiente para *suministrar* datos sobre la problemática del obrerismo en la época de la revolución industrial. Pero aun así la intuición del escritor está muy despierta para captar, de una parte, el *papel de instrumento* asignado por el liberalismo combativo al «bajo pueblo» en las convulsiones revolucionarias que se dicen *populares* y *democráticas:* desde los terribles sucesos de Madrid, en julio de 1834 —evocados magistralmente sobre un friso de los *bajos fondos* que culmina en la pintura de la «Pimentosa» y su círculo, «pleno logro del costumbrismo», según la expresión de Montesinos—, a la «vicalvarada» y sus consecuencias —auténtica revolución popular, en que por primera vez el artesanado (el obrerismo-instrumento) va a intentar convertirse en «sujeto» político—. Ya anteriormente el estallido francés de 1848 —no reflejado efectivamente en España hasta 1854, a pesar de las «tormentas del 48»— es subrayado por el escritor en todo su alcance. Una sola frase en este episodio —*Las tormentas del 48*— basta para darnos, con fina sensibilidad intuitiva, el camino recorrido por el proletariado hacia la posesión de una auténtica conciencia de clase: «Ya en Francia no se dice las *turbas,* sino las *masas,* nombre nuevo del populacho, y me parece que también por acá vamos a tener *masas,* que es lo único que nos faltaba.» Y en los años que siguen —los años crepusculares de Isabel II— la tormenta se presiente cada vez más cercana; su reflejo en el campesinado de la alta Andalucía nos ha sido transmitido, en un cuadro que tiene todas las características de un documento histórico, a través del minucioso relato de la sublevación de Loja, cuyo caudillo, el albéitar Rafael Pérez del Alamo, suministró los datos precisos al novelista cuando éste escribía *La vuelta al mundo en la «Numancia».*

Sin embargo, no parece haber percibido Galdós cuánto significa la revolución de 1868 como punto de arranque para el definitivo despertar del cuarto estado. Presta mucha más atención don Benito al estallido cantonal —la romántica y descabellada empresa de Cartagena— que a la penetración de la propaganda internacionalista y el arraigo del anarquismo por obra de los adeptos de Bakunin. Y si nos

---

tivo, el «círculo» de Manolita Pez, «la coronela Villaescusa» y su hija Teresita; y el caso de Valeria Socobio, mal casada con el capitán Navascués, lanzada luego por ambición a la vida galante.

(41) Este es el caso de la romántica pareja formada por Virginia Socobio, escapada de la casa conyugal para unirse a Leoncio Ansúrez y vivir con él al margen de la sociedad; y el de la propia Teresita Villaescusa, redimida en el amor a Santiago Ibero.

refiere con detenimiento los trágicos sucesos de Tarragona en 1869, no alcanza a percibir en ellos toda su honda trascendencia —en un juego de reacción y contrarreacción que acabará por escindir el frente republicano, desglosando hacia el apoliticismo ácrata a un sector cada vez más amplio de las masas obreras; sólo muy de pasada se nos informa en *Amadeo I* de que las Cortes están discutiendo la licitud de la Internacional; ni una alusión a la *nueva mentalidad* inaugurada por el proletariado, ni un recuerdo para la violenta convulsión de Alcoy, trasunto español, a los ojos de la timorata burguesía, del terrible marzo parisiense, marcado a fuego por la Commune.

En realidad, Galdós vive todavía, al referirnos el triunfo —y el fracaso— del 68, inmerso en una idea: la que confiere a la Gloriosa el carácter de acto culminante de una lucha secular por la libertad. Sin embargo, resulta interesante comparar sus artículos contemporáneos de la crisis revolucionaria abierta en 1868 y cerrada en 1874 con la evocación, un tanto escéptica, de aquella misma crisis en los episodios escritos cuarenta años después.

Antes lo indicamos: en este angustiado despertar del siglo XX, desde el que Galdós redacta sus últimas páginas, la reflexión del escritor se vuelve sobre las razones que malograron el fruto inmaduro de la teórica democracia española:

> No creo —dice Tito, el protagonista de la Serie final— ni en los revolucionarios de nuevo cuño ni en los antediluvianos, esos que chillaban en los años anteriores al sesenta y ocho...

El *sueño* de plenitud en la libertad ha ido esfumándose a medida que la vieja España rescataba posiciones que se creyeron perdidas. En esta época vive obsesionado Galdós —y esto demuestra también un cierto desenfoque de la realidad más apremiante— por la obsesión anticlerical (42). En buena parte, la novela *Cánovas* es como un toque de alerta contra la invasión de las órdenes religiosas. Y, sin embargo, la Restauración no ha sido —esto lo reconoce implícitamente don Benito— una simple marcha atrás —un proceso de reacción—, sino un intento de síntesis; muy significativa —y adaptada a la realidad del

(42) No voy a echar mi cuarto a espadas sobre el anticlericalismo de Galdós, y estoy dispuesto a admitir que por encima de todo latía en el escritor un hondo sentimiento religioso. Pero no cabe duda de que a medida que avanzan los *Episodios* van siendo más raros los sacerdotes «normales» y que don Benito parece complacerse en la pintura de «casos» como el desaforado de mosén Juan Ruiz Hondón, vicario de Uldecona *(Carlos VI en la Rápita)* o del meloso e hipócrita don Plotino Pagasaunturdua, canónigo de Cuenca *(De Cartago a Sagunto)*. Sería interesante un estudio acerca de Galdós y el estamento eclesiástico, que permitiera seguir la evolución indudable de la actitud de don Benito en este tema, y las razones que guiaron aquélla.

personaje—es la confidencia de que el propio Cánovas hace objeto a Tito:

> Dos cosas deseo: el descanso mío y ver el estreno del nuevo partido en las funciones del Gobierno. Si Sagasta no reniega de su historia, su primer cuidado al llegar al poder será poner diques a la inundación frailera, ateniéndose estrictamente a la letra del Concordato. Cada cual debe permanecer en su terreno propio, gobernando conforme a sus ideales y a sus compromisos. La realidad histórica, el carácter y sentido de las fracciones políticas que me han dado su apoyo para consolidar la Restauración, me impiden realizar con acento vigoroso la política regalista. Sagasta es el llamado...

Pero Galdós escribe estas líneas en 1912, cuando la famosa cuestión de las congregaciones religiosas *aún no ha sido resuelta*—es exactamente en esas fechas la «cuestión batallona» para el Gobierno Canalejas.

El protagonista, en 1881, sólo puede «presentir» lo que va a ser esta nueva experiencia histórica. La proximidad del desastre resuena en los apóstrofes finales de una airada apelación a la rebeldía:

> Los políticos se constituirán en casta, dividiéndose hipócritas, en dos bandos igualmente dinásticos e igualmente estériles, sin otro móvil que tejer y destejer la jerga de sus provechos particulares en el telar burocrático. No harán nada fecundo; no crearán una nación; no remediarán la esterilidad de las estepas castellanas y extremeñas; no suavizarán el malestar de las clases proletarias. Fomentarán la artillería antes que las escuelas, las pompas regias antes que las vías comerciales y los menesteres de la grande y pequeña industria. Y por último..., acabarán de poner la enseñanza, la riqueza, el poder civil, y hasta la independencia nacional, en manos de lo que llamáis la Santa Madre Iglesia... Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento...

No pretendamos ir más lejos que el autor al buscar sentido u objetivos a esta apelación revolucionaria, simple repudio—como el formulado por Unamuno o por Baroja—de una depresiva situación nacional vivida a disgusto, aunque, ciertamente, nos traiga el recuerdo de ciertas *exasperaciones intelectuales* mucho más próximas a nosotros. En todo caso, Galdós parece *presentir* ahora algo que realmente está ya en marcha desde 1868, al margen de los *valores burgueses*—la su-

puesta libertad democrática—triunfantes en aquella fecha. Ya en 1904 —y en el artículo «La reina Isabel»—ha escrito:

> Los problemas que enardecían a los hombres en otro tiempo pasaron y se desvanecieron, o resueltos o a medio resolver, perdido el gran interés que a los hombres movía en favor de ellos. Resta el problema nuevo, que avanza sobre tanto asombro, el problema del vivir, de la distribución equitativa del bienestar humano y de las vindicaciones que apenas intentadas difunden por todo el mundo la desconfianza y el pavor...

Como desvelamiento de un nuevo horizonte, pensamos en lo que pudo ser la continuación —por desdicha, frustrada— de los *Episodios Nacionales,* una vez comprendido por el autor este nuevo factor histórico, cada vez más insoslayable: el del «cuarto estado», convertido en sujeto político, el del *proletariado militante.* Esta fuerza nueva no llega a proyectarse, efectivamente, sobre su inmensa panorámica retrospectiva; pero palpita, como una esperanza soterraña, en las últimas series.

CARLOS SECO SERRANO
Paseo de Gracia, 69
BARCELONA